

—¡Ave María! ¿con qué escandalito tenemos?

—Sí, mi alma, y grande, que vá á estar eso para poner tablados.

—Pues no deje usted de contarme lo que pase.

—Ya le daré á usted noticias; siento que esté usted tan de prisa, que si no le había de contar á usted más de cuatro cosas.

Mientras las viejas se habían encargado de averiguar si Cárlos oía misa, el padre Martinez llegó á averiguar lo que quería.

—El señor D. Cárlos lee á Voltaire, mi señor D. Pedro María.

—¿Con qué es posible?

—Sobre que me lo citó como autoridad en la conferencia que tuvimos.....

—¡Qué calamidad; exclamó D. Pedro, y se quedó pensativo.

El padre Martinez también se quedó pensativo.



CAPÍTULO XII.

Las posadas en la casa de Chucho el Ninfo.

NECESITAMOS apartarnos por algún tiempo de la casa de D. Pedro María, en espera de acontecimientos que valgan la pena de referirse, y volver á Elena y á Chucho el Ninfo á quien debemos dar la preferencia como el héroe de esta verídica historia.

Chucho había visitado ya tres establecimientos de primeras letras, y en todos ellos no había dejado la idea de llegar á ser un hombre instruido; y esto era porque Chucho contaba ante todo con su mamá.

—Como mi mamá me quiere tanto, decía, aunque no estudie, ella me dará lo que necesito hasta que sea yo grande.

Efectivamente Chucho crecía sin necesitar más que á su madre.

A Refugio la iba necesitando menos cada día; aunque Refugio, como sucede siempre, conservaba el mismo cariño á Chucho y le ayudaba á Elena á admirarse del desarrollo precoz del hijo mimado.

Por lo que toca al pobre alamedero, había abandonado hacía tiempo la grata tarea de perforar la banca de la Alameda, en la que solía sentarse esperando en vano á Refugio.

Refugio había decidido no casarse por no salir de la casa de Elena, en la que tantos motivos tenía para estar contenta.

Perez seguía simpatizando con Elena.

Elena y Perez eran arbitristas.

Elena hacía dulces, fiaba ropas, prestaba á premio, marcaba pañuelos, hacía rifas y entraba á la lotería; todo esto sin contar otras industrias del momento que su espíritu mercantil nunca desperdiciaba.

Perez, según lo hemos dicho ya, hacía cosas por el estilo; de manera que estos dos personajes se identificaban por sus tendencias y por su modo de vivir.

Desde que en la casa de D. Pedro María había entrado la tristeza por los acontecimientos que hemos referido, relativos al casamiento de Mercedes, en la casa de Elena soplaba un viento favorable.

Hacía tiempo que Perez y Elena estaban de buenas, habían hecho rifas sacándose las ellos mismos. Elena se había sacado una lotería, y con esto y la

exactitud en las quincenas, el bienestar se había aclimatado en la casa de Chucho el Ninfo.

Era Diciembre.

Elena vivía en una casa de varias viviendas; pero Elena era la vecina más rica, la más *planchada*, según expresión de las mismas vecinas, quienes en formal diputación invadieron un día la habitación de Elena para rogarle se pusiera á la cabeza de una tanda de posadas.

Elena no tuvo embarazo en ceder á aquella súplica desde el momento en que Chucho que estaba aprendiendo á bailar se empeñó en ello.

Las vecinas formularon un voto de gracias á Chucho el Ninfo, quien agregó á todas las que ya atesoraba, esta gracia más.

Perez recibió con una triple sonrisa la noticia de las posadas; y la primera

idea retozona que le vino á las mientes, fué la de regalar á Elena un par de zapatitos verdes.

Elena, por su parte, creyó no poder excusarse de bailar algunas noches las boleras con Perez, y esta idea tambien retozona, le arrancó á Elena delante de Perez otras tres sonrisas; de manera que las sonrisas de Perez por los zapatitos verdes, y las de Elena por las boleras, se confundieron al grado de que cualquier malicioso hubiera pensado en algo más que en boleras y zapatitos.

Procedióse solemnemente á formar un presupuesto del gasto de aquel novenario, y se convino en que las primeras noches se la pasarían sin música, conformidad humilde que Perez que tenía un recurso para cada circunstancia, se encargó de preniar, ofreciendo un tocador de arpa amigo suyo y po-

co pretencioso en materia de retribuciones.

Elena, que como hemos dicho, era curiosita de manos, transformó un panadero de trapo de la industria poblana en san José, una china en la Virgen, y compró mula y ángel, con lo que formó el grupo de los santos peregrinos.

Llegó el 16, y la sala de la casa de Elena estaba iluminada, y á las ocho en punto llegó el de la arpa con Perez y la mayor parte de los vecinos.

Elena se arrodilló y comenzó las oraciones, que eran interrumpidas por coplas cantadas, en las que la voz de Perez sobresalía, pues era la de cantar una de sus habilidades.

Perez era músico de guitarra y cantaba canciones amorosas en los estrados; Perez cantaba y tocaba la guitarra, acompañando al de la arpa, y un

coro de voces gritonas y guturales, destempladas y desacordes seguía á la música.

Llegó el momento de ponerse en pié y de encender las velas, porque se iba á entonar la letanía y á salir la procesión: multitud de muchachos tocaban pitos de caña que nada tenían de melodiosos, y la procesión comenzó á desfilar, rompiendo la marcha los muchachos, después los convidados de dos en dos; en seguida un grupo de señoras grandes rodeando á Elena, quien llevaba la primera voz, después Chucho el Ninfo tras de su mamá con vela de cera, atrás las andas con los santos peregrinos, y Perez y el de la arpa cerrando la marcha.

La procesión recorrió toda la casa, cantando la letanía, hasta que llegó á una puerta detrás de la cual estaba un grupo de cantores que iba á recibir la

posada, lo cual quería decir que iba á dar hospitalidad á los peregrinos.

Entablóse el diálogo consabido entre pretendientes y donantes, y al fin, según todos lo sabían, se abrieron las puertas y ¡aquí fué broma!

Perez y el del arpa tocaron diana; los muchachos gritaron á reventar, y todos se desmerecieron de gusto porque llegaba la hora de *la Colación*.

La vecina á quien le tocó recibir la posada, obsequió á la concurrencia con confites, cacahuets y tejocotes y á los muchachos y criadas, que eran muchos les arrojó al suelo el resto de la colación.

Los muchachos y criadas se retiraron de la sala con su botín, y las personas serias quedaron instaladas en plena tertulia puramente profana.

Elena y Perez cantaron una canción de estrado, sentimental y romántica, de

largas y sostenidas fermatas que causaron la admiración de las vecinas.

—¡Qué linda voz, exclamó una vieja, Dios se la conserve á usted, mi vida!

—Estoy muy ronca, contestó Elena: contestación de estampilla de todas las cantoras de canciones de estrado.

—Y el Sr. Perez, objetó otra anciana tiene un timbre muy agradable.

—Gracias, señora.

—¿Y qué voz es la de usted caballero? ¿Es usted tenor?

—Como lo hago de afición...

—¡Ah! es usted lírico.

—Sí, lírico.

—¿No conoce usted la nota?

—Muy poco, la llave de sol...

—Pues usted debía dedicarse.

—Es muy linda la música.

—Que cante otra vez el «*No procures*,» mi mamá, gritó Chucho con su

voz de tiple; y como Chucho era el niño de la casa, cada concurrente se creyó obligado por educación, á celebrar esta gracia, de manera que al grito destemplado de Chucho, resonó en la pieza un coro de risas en octava baja.

Perez y Elena volvieron á tomar la actitud propia; quiere decir, Perez tomó una silla y se colocó frente á Elena, y repitieron el *No procures*.

En seguida el del arpa cantó una tonadilla con voz de sochantre, que dió mucho que reir á la concurrencia, hasta las diez de la noche, en que cada uno tomó el camino de su vivienda.

A nadie se le abría la puerta de aquella casa después de las diez de la noche; pero Perez era el hombre feliz y tenía buenas y antiguas relaciones con la casera, quien protestaba que solo al señor Perez, por ser Perez, le abría la puerta.

Las vecinas que iban á recibir la segunda posada celebraron un importante concilio á fin de quedar mejor que la vecina de la noche anterior, y decidieron iluminar el patio con faroles de papel.

Nuevos convidados aumentaron la concurrencia, y esta noche además de la parte lírica desempeñada por Elena y Perez con el *No procures* y el de la arpa con sus tonadillas, se bailó una cuadrilla, pues entre los nuevos convidados vinieron cuatro pollos y algunas pollas más engalanadas de lo que convenía á lo humilde y pobre de aquella concurrencia.

Durante las tres primeras noches, aquellas posadas no habían llamado la atención; pero poco á poco se fueron aumentando y al del arpa lo sustituyó una música de bandolones, y se adicionaron á la colación algunas botellas de licores y algunos bizcochos.

Chucho comenzó sus estudios coreográficos y era el centro del grupo de las pollas, quienes con la confianza que inspira un niño, si bien dispierto, le acariciaban tiernamente.

Chucho era feliz.

Elena sonreía, con esta felicidad, aunque Perez fruncía no pocas veces el ceño al contemplar esta misma felicidad.

Refugio por su parte se embelesaba viendo bailar á Chucho; y Refugio era con quien Chucho estudiaba de día lo que aprendía de noche.

De manera que sus adelantos en el baile fueron muy rápidos.

Este arte no exige á sus adeptos ni la rigidez de miembros ni la severidad del guerrero.

Terpsícore gusta de la flexibilidad y la gracia, de la soltura y la ligereza.

Chucho tenía todo esto y entre las cosas que á Refugio le encantaban, eran los pies de Chucho; era un pié de muger á propósito para el baile, pié gracioso y por sí solo subversivo y listo.

Chucho tenía veinte compañeras; entre las que se escabullía y charlaba como Periquito entre ellas.

Hechas las amistades en las primeras noches, en las subsecuentes reinó mayor animación y alegría, habían ingresado algunos militares que conocían á Elena, se había cuidado de invitar, escogiéndolas á propósito, pollas bailadoras, aptas y bonitas; de manera que la tertulia iba cobrando más y más animación y el baile iba siendo el objeto principal de las reuniones.

Los oficiales convidados pidieron una noche; que les fué concedida, é introdujeron una verdadera revolución.

—Esta noche será cosa de no poderse presentar á la posada, sino con guantes, decía una vecina pobre.

—Todo lo han venido á echar á perder los oficiales, si con razón no puedo ver á los soldados.

—Ya ésto se volvió de tono, exclamó otra, yo ya no puedo competir con las que vienen.

—Es triste ponerse uno en evidencia.

—¡Y tan bien que empezamos!

—Pero ya verá usted; los oficiales van á echar el resto.

—Como que son tan garbosos.

—Pues yo sí voy; ya pedí un vestido y un peinado.

—Pues yo no; que no están los tiempos para lujos.

—Ya mandaron dos cajas con botellas, los oficiales.

—¿Qué dice usted no más? Esto va á ser una borrachera espantosa.

Efectivamente, á las ocho de la noche la casa de Elena estaba inconocible; la concurrencia difería ya esencialmente de la de las primeras noches. La misma Elena se había permitido ponerse un vestido transparente y una rosa en el peinado.

Perez encontró entonces una ocasión propicia para ofrecer sus zapatitos verdes.

Perez, que se había puesto en manos del peluquero, apareció rizado y con chaleco blanco. El peluquero había empleado una hora en rizar la espesa cabellera de Perez, y merced á este artificio, Perez tenía en su fisonomía algo de esa entonación misteriosa que solo una mujer puede definir.

Elena encontró bien á Perez; hasta se lo quedó viendo.

Perez conoció que sus rizos habían hecho efecto, y aprovechando esta

buena disposición de ánimo se atrevió á insinuarse.

—¡Qué linda está usted, Elena!

—¿Ya empieza usted?

—Ya: y con ardor, porque está usted más hermosa que otras veces, ¡qué vestido! ¡qué cintura! ¡qué pecho! ¡qué...

—¡Vamos, vamos! juicio, señor de los rizos.

—¿Le gustan á usted mis rizos?

—No; está usted más feo.

—¿Más? preguntó Perez clavando sus ojos negros en Elena.

Esta, que por la mirada creyó haber dicho más de lo necesario, se corrigió, diciendo:

—Menos.

—¿Menos feo?

—Sí; más pasadero.

—Pues ya es algo; oiga usted, Elena, todavía me están revoloteando en

la cabeza aquellos zapatitos azules que bailó usted conmigo las boleras.

—¡Oiga!

—Sí; son mi pesadilla.

—Ya me lo ha dicho usted cien veces.

—Me hacen soñar.

—Ya lo sé.

—Y en mi sueño hace pocas noches no los ví ya azules.

—¿No? ¿pues de qué color?

—Verdes.

—Cómo la esperanza?

—Sí, como la esperanza.

Y Perez inclinó hácia un lado la cabeza viendo á Elena con unos ojos muy tiernos.

—He querido realizar mi sueño.

—¿Sí, eh?

—¡Y qué bien le estarán á usted unos zapatos verdes esta noche!

—¿Sí? pues píntelos, dijo Elena riéndose.

—¿Se los pondría usted?

—¿Por qué no?

—Pues aquí están.

Y Perez sacó de su faltriquera los zapatos verdes envueltos en un papel.

—¡Pícaro! dijo Elena.

—Esta palabra *pícaro* la saboreó Perez como un vol-au-vent. Jamás había recibido un piropo más expresivo.

Elena entretanto contemplaba sus zapatitos verdes que le estaban pareciendo deliciosos.

No tardó en oírse en el pátio una estruendosa música de viento, y toda la casa se estremeció como con una descarga eléctrica.

Comenzaron á entrar los convidados y las señoras venían esta noche más apuestas y engalanadas que en las anteriores: oficiales de riguroso uniforme, pollos con guantes y muchas personas desconocidas.

Todo lo que el rezo y las oraciones perdían en aquella noche en fervor y escrupulosidad, ganaron la procesión y el baile.

Elena, que seguía llevando la voz en el rezo, sincopó las oraciones, omitió Ave Marías, y todo lo hizo con una precipitación desusada.

Los oficiales obsequiaron á la concurrencia con preciosas canastitas con dulces finos, y después hubo profusión de bizcochos y licores.

El baile estuvo animadísimo y la concurrencia se entretuvo hasta las dos de la mañana, á cuya hora Perez y Elena, á invitación de algunas personas, bailaron sus boleras.

Los piés de Elena hicieron un grande efecto en el Estado mayor.

—Capitán Nuñez, dijo un subteniente, parece que la viudita no le parece á usted mal, por lo visto?

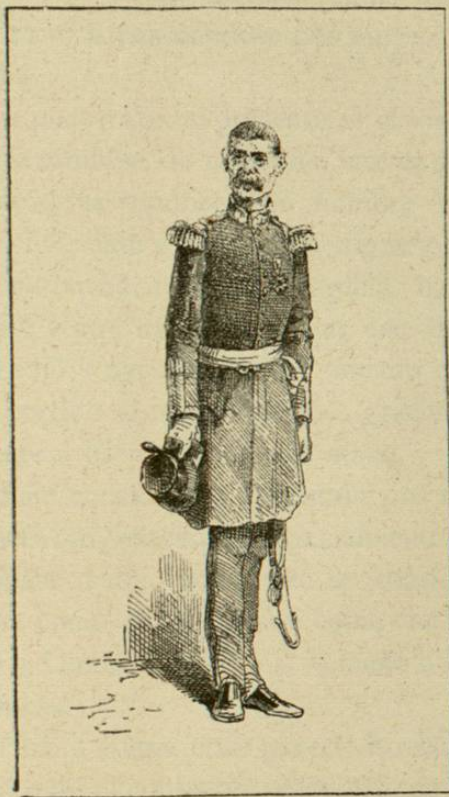
—Oiga usted, tiene unos piés de lo mejor que hay.

Perez, entretanto, se lamía un labio y se mordía otro.

Elena conoció que hacía efecto; observación que Elena había hecho repetidas veces y siempre con una atingencia extraordinaria.

Chucho ya tenía algunas pollas predilectas, sus compañeritas en el baile, pues en el curso de las posadas, Chucho, siguiendo sus instintos de niño y el gusto de su mamá, no había contraído amistad con pollo alguno; pero sí con todas las pollitas tiernas y acarameladas que le rodeaban.

Los oficiales anunciaron oportunamente á Elena, que no habían querido privar á su coronel del placer de aquella posada y que le habían invitado, por parecerles á la vez un acto de buena educación.



Aguado.

—Han hecho ustedes muy bien, contestó Elena dándose por muy satisfecha.

Á poco rato se presentó el coronel; venía también de uniforme: era un soldado de la república, un hombre como de treinta y ocho años, trigueño de buena barba, mirada de águila, buen porte y aire marcial; y con ese desparpajó y naturalidad del soldado que ha corrido el mundo saludó graciosamente á Elena dándole la mano.

Esta costumbre no estaba por entonces muy estendida, especialmente en la clase media; tanto que se consideraba como desatención ó como una libertad imperdonable dar la mano á las señoras.

Pero á Elena no le pareció lo mismo sino muy al contrario: encontró aquella acción muy natural y prueba de una galantería de buen gusto.

El coronel entró con buen pié.

Pero cuando vió el de Elena, el coronel se sintió acometido violentamente por una simpatía viva y por un apego pertinaz.

Felicitó á Elena por la gracia y donaire con que bailó las boleras; le elogió los pasos y los padiburés, porque tambien el coronel bailó boleras cuando jóven, y de gracia en gracia y de detalle en detalle vino el coronel á caer á donde Perez había caído ya: á los piés de Elena.

—Sobre todo, decía el coronel bañando á Elena con la aldeida de la colación de aquella noche; sobre todo tiene usted unos piés que deberían incrustarse en oro.

—Favor que usted me hace.

—No, hija, replicó el coronel: todavía no me encuentro en mi larga carrera militar un pié como el de usted.

Vamos, sobre que me ha sacado de mis casillas.....

Perez comenzaba á arrepentirse de haber obsequiado á Elena con los zapatitos verdes.

—¿Me permite usted, Elena, dijo el coronel, que tome una noche de posadas?

—No queda ya más que la Noche buena.

—La Noche buena es de todos, dijo uno.

—No, sino mía, dijo el coronel: la Noche buena me pertenece, y aquí se bailará por mi cuenta hasta el amanecer.

—Lástima que la casa sea tan chica, dijo un oficial.

—Para el coronel Fernandez Aguado no hay dificultades, exclamó el coronel. Ese es un tabique de pipiripao y en mejores murallas he abierto bre-

cha. Se tirará el tabique. ¿De quién es esta casa?

—Del convento de la Concepción.

—Madrigal el mayordomo es amigo mío; tiramos el tabique mañana y se levanta al tercero día.

—¡Que viva el coronel! gritó un pollo ahogándose de felicidad.

—¡Que viva! respondieron muchas voces.

—Y el comedor, ¡oh! el comedor aquí; el corredor es amplio se cubrirá con lienzos y se pondrá aquí el comedor. Capitan Nuñez mañana una fagina; se trae usted unos muchachos que trasporten ramas y las fundas de los carrós.

—Está bien mi coronel.

—Pero señor coronel, objetó Elena, ¿para qué se mete usted en estos gastos?

—Señorita, dijo el coronel picado,

usted es la reina, y merece, no lo que yo hago por usted, sino que se bajen las estrellas con la mano para que usted les ponga encima sus piececitos verdes.

—Los zapatos, murmuraba, Perez entre dientes; los zapatos verdes. ¡Tonto de mí!

—Pues no faltaba más, continuaba el coronel, á quien no faltaba ni garbo, ni dinero, ni amor. Elena, se volverá la casa de arriba á abajo; pero le probaré á usted que cuando el coronel Fernandez dice una galantería, la sostiene con su bolsa y con su espada. Es usted muy linda.

La reunión se disolvió aquella noche, resolviendo que á la noche siguiente no habría posada, por no ser compatible con los preparativos para la Noche buena.